DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Carles-Xavier Noriega, monje de Montserrat
19 de noviembre de 2017
Prov 31,10-13. 19-20.30-31 / 1 Tes 5,1-6 / Mt 25,14-30

Estimados hermanos y hermanas,

Nos encontramos a finales del año litúrgico y las lecturas nos invitan a hacer balance. En los evangelios de estos días encontramos las parábolas llamadas del juicio, todas ellas sacadas del capítulo XXV de Mateo: la parábola de las diez vírgenes que oímos la semana pasada, la parábola de los talentos que nos ha sido proclamado hoy y el gran retablo del juicio final que oiremos la próxima semana.

Estos son tres textos donde Jesús nos quiere transmitir la seriedad de esta vida: nuestras elecciones de hoy comprometen nuestra eternidad. La parábola de las diez vírgenes nos dice que necesitamos una actitud de vigilia, de espera vigilante, como única manera sabia de vivir la fe. El gran retablo del juicio final nos muestra que lo que compromete nuestra eternidad es la atención que damos a los más pequeños, los más pobres, los más heridos. Entre estos dos textos está la parábola de talentos que nos sugiere qué actitudes deben guiar nuestro corazón para tomar decisiones.

La parábola es bien conocida. Es de aquellas que quienes fuimos de pequeños a catequesis no hemos olvidado nunca. Un dueño sale de viaje y deja a sus sirvientes diversos talentos para que los administren. A la vuelta les pide cuentas, pero no todos han actuado con la misma diligencia. Los dos primeros los han invertido y han obtenido beneficios. El tercero, miedoso, ha enterrado su talento y ahora se enfrenta a los reproches del amo.

La diferencia entre los dos tipos de administradores no se mide tanto en si han obtenido beneficios o no, lo importante no es la cantidad de los dones o las ganancias, sino la actitud de confianza o de miedo ante la responsabilidad que les ha sido dada. El buen administrador se arriesga a hacer un mal negocio o no tener el beneficio previsto, pero trabaja con la confianza que su dueño tiene en él. El que esconde el talento retrata a la persona prisionera de una falsa imagen de Dios como juez riguroso que da miedo y no inspira confianza. Por eso se queda paralizado sin hacer nada positivo y perdiendo la oportunidad de usar en bien de los demás los talentos recibidos. Pero lo más grave no es que no haya sabido sacar fruto del talento confiado, sino que se piensa que ha actuado correctamente. Este siervo no sólo ha fracasado en su misión, sino en toda su vida.

Termina la parábola con el castigo al mal administrador. Este es condenado sin haber hecho nada malo; simplemente por no haber hecho nada, por limitarse a conservar lo que le ha sido confiado. Jesús dedica unas palabras muy fuertes y cortantes a este administrador que sólo sabe conservar. Son unas palabras difíciles de aceptar: "al que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene". Parece exagerado, incluso injusto: pero atención, nos encontramos en una parábola; aquí no se trata de dinero ni de bienes materiales. Se trata de amor. ¿No es cierto que a menudo, cuando ayudamos a alguien, cuando hacemos un regalo, somos más felices, estamos más satisfechos, que cuando lo recibimos? El amor tiene esta paradoja, cuando más damos, más tenemos. De eso trata el evangelio de hoy.

Jesús nos habla de ricos y de pobres en amor, y no de dinero. Nos habla de amar a Dios con obras y de verdad y no sólo de palabra. Nos habla del seguimiento de Jesús y de tomar cada día su cruz y no sólo de saber teología. Es decir, no nos

servirá de nada conocer bien el evangelio si éste no nos transforma y lo sabemos hacer vida en nuestro quehacer cotidiano.

Hacer que nuestros talentos den fruto es aceptar el riesgo del amor, es amar a nuestros enemigos, es perdonar a aquellos que nos ofenden constantemente, es invitar a la mesa a aquellos que nunca nos lo podrán devolver.

Abrir las manos a los pobres, alargarla a los necesitados, tal como dice el libro de los Proverbios, es invertir en eternidad o, como decía Santa Teresa de Lisieux, es "tocar el banco del Amor". Porque llegará un día, y todos lo sabemos, que seremos juzgados, sí, pero seremos juzgados en el amor; de todo lo que hemos hecho, y también de lo que hemos dejado de hacer.

Hermanos y hermanas, Jesús nos invita a cambiar de mentalidad: del temor paralizante y la obediencia mezquina, a la perspectiva del amor liberador y la confianza creativa. La verdadera naturaleza de la relación entre Dios y la persona es el amor. El discípulo de Jesús, los cristianos, debemos actuar siempre con la lógica del amor y traducir el mensaje evangélico en actos concretos, generosos y atrevidos.

La parábola de hoy es una llamada de atención a no encerrarse en uno mismo, sino a ir hacia el otro; a no refugiarse en una fe estática, sino a trabajarla y hacerla crecer. Cada uno recibe los dones que recibe. Dios es libre y sorprendente en sus decisiones. Pero lo que cuenta es la actitud de nuestra respuesta. El Reino de Dios es iniciativa de Dios, sí, pero también es fruto de nuestra colaboración.